

Creadores marroquíes en lengua española: de los fundadores a los forjadores

Abdellatif LIMAMI

Universidad Mohamed V, Agdal - Rabat

RESUMEN: A la hora de clasificar la literatura marroquí en lengua española nos encontramos con dos generaciones, sin que esta clasificación esté sujeta forzosamente a factores relativos a la fecha de publicación. En efecto, la obra de algunos de ellos ha sido publicada mucho antes, en las revistas del norte, y otras, en cambio, durante las últimas décadas. Este trabajo se propone dar una visión de conjunto de este tipo de literatura.

PALABRAS CLAVE: Literatura marroquí en lengua española, Generación de los fundadores, Generación de los forjadores.

ABSTRACT: When we classify Moroccan literature written in Spanish, we find ourselves with two generations. Even so, this classification is not completely dependent on the factors related to the date of publication. Indeed, the work by some of them has been published much earlier, in magazines up north, while others have not been published until the last few decades. This article proposes to give a joint vision of this type of literature.

KEYWORDS: Moroccan literature written in Spanish, Generation of Founders, Generation of Shapers.

Culturalmente hablando, una de las máximas ventajas de la sociedad marroquí es su diversidad y su apertura a las demás culturas y civilizaciones. A esta diversidad le corresponden varios factores que tienen más de una significación; Entre ellos, el factor histórico (la colonización francesa y la española) y el factor geográfico (Marruecos como punto de enlace entre África y Europa o, por lo menos, entre el norte del Magreb y Europa)... Estos factores, entre otros, hicieron de Marruecos un país abierto a las demás lenguas y culturas, sobre todo la francesa y la española.

Y si el francés tuvo, en cuanto a extensión, un gran eco a nivel nacional, apoyado en ello por algunos factores como son la enseñanza y utilización de la lengua francesa en casi todos los organismos e instituciones marroquíes o la edición de varios periódicos en lengua francesa, la lengua española, sin embargo, no conoció la misma extensión, limitándose a las zonas sur y, sobre todo, norte del país, donde surgieron importantes publicaciones y figuras que constituyen para el hispanista de hoy una verdadera referencia.

Habría, sin embargo, que puntualizar de entrada que la influencia de la lengua y cultura españolas, sin que se limite a la zona norte, dio a esta región, por los factores ya seña-

lados, más posibilidades de extensión. El factor geográfico, aquí, se tiene que tomar en su justo valor, ya que, además de permitir a los oriundos del norte seguir directamente los programas de la televisión española (antes de la existencia de las antenas parabólicas), permitía sobre todo el contacto directo entre España y Marruecos, ya fuese a nivel humano o a nivel cultural... Las ciudades norteañas de Tánger, Tetuán, Chauen, Larache, entre otras, se han convertido en verdaderos espacios de encuentro de los intelectuales de las dos riberas.

Esta extensión de la lengua española es hoy cada vez más clara y patente. Y esto se debe, sin lugar a dudas, por una parte, a la postura privilegiada que ocupa España en el mundo, como país democrático y desarrollado en más de un campo, y, por otra parte, a la apertura de los decisores políticos marroquíes al mundo español. Cabe señalar también que si el español está en boga en Marruecos, es por disponer también de una fuerte y sólida infraestructura que se articula en torno a dos ejes: el fomento, por una parte, de la enseñanza de la lengua por parte del Ministerio de Educación marroquí y el apoyo, por otra parte, de las autoridades competentes del Ministerio español de relaciones exteriores de todo tipo de actividades relacionadas con la lengua: cinco centros del Instituto Cervantes, varios colegios españoles, implicación de las consejerías culturales o de Educación en las actividades nacionales relacionadas con el hispanismo.

Volviendo a nuestro primer enfoque, diremos, sin embargo, que el interés por la cultura española no ha sido competencia solamente de norteaños o de hispanistas. La universidad marroquí y la prensa nacional se han interesado también por este mundo cultural, sea a través de la traducción o a través, sobre todo, del patrimonio civilizacional, histórico o cultural que los dos países tienen en común. A título de ejemplo, señalamos los siguientes factores, subrayados con razón por el hispanista Mohamed Chakor en colaboración con Sergio Macías en su obra *Literatura marroquí en lengua castellana*, publicada en 1996: las raíces históricas en Al-Ándalus, el tema morisco dentro de lo árabe, las huellas civilizadoras y arquitectónicas en Al-Ándalus, la existencia en los dialectos marroquíes de unos 1500 vocablos castellanos, la influencia que dejó el protectorado español, las palabras árabes que quedaron incorporadas al idioma español y que son reconocidas por el Diccionario de la Real Academia Española...¹

Debido a *todos* estos factores, y por la naturaleza del pueblo marroquí, abierto a todos los idiomas, se escriben creaciones literarias en varios idiomas como el francés y, por supuesto, el español. Sin embargo, si los nombres relacionados con este tipo de escritura, sobre todo la escrita en francés, son muy conocidos incluso a nivel internacional, (Tahar Ben Jelloun, Chraïbi...), los relacionados con el español no lo son totalmente o tienen más eco en el norte del país o entre algunos especialistas marroquíes del tema.

Pero a partir de la última década del siglo pasado, estas voces empezaron a ser más conocidas a nivel nacional y su obra empezó a ser recogida y tratada por los medios de comunicación nacionales. El mérito lo tienen aquí, por una parte, los hispanistas marroquíes, en su constante labor de divulgación de este patrimonio, sea a través de sus artículos de

¹ Mohamed Chakor & Sergio Macías: *Literatura marroquí en lengua castellana*. Madrid: Ediciones Magalia, col. Reencuentro, 1996, 7.

prensa, sea a través de sus participaciones tanto nacionales como internacionales a eventos culturales (congresos, mesas redondas...), y, por otra, los Institutos Cervantes, que abrieron sus puertas y salas de conferencias a estos creadores. Esta ascensión se debe también al creciente interés de ciertos centros universitarios españoles por este tipo de escritura, en especial el Aula del Estrecho, que está en su tercera edición crítica sobre las obras de estos escritores, y a la televisión marroquí, que dio muestra de apertura consagrando últimamente uno de sus programas (*Akouas*) a la producción de estos creadores, dándoles la palabra...

En cuanto a la investigación y crítica literarias, habrá que aludir aquí a una serie de eventos culturales o publicaciones que, aunque no estaban al alcance de todos por ser escritas en español, contribuyeron a la divulgación de dicha escritura. De estas publicaciones, señalamos las siguientes: *Encuentros literarios. Marruecos. España. América Latina*, de Mohamed Chakor; *Literatura marroquí en lengua española*, un trabajo en colaboración entre Mohamed Chakor y Sergio Macías; *Escritura marroquí de expresión española «El grupo de los 90»*, de Mohamed Bouissef Rekkab; la publicación, por la Facultad de Letras Dhar el Mahraz de Fez y el Instituto Cervantes de la misma ciudad, de las actas de dos congresos dedicados al tema (*La escritura marroquí en lengua española*)²; en fin, la publicación de una serie de artículos-presentación sobre la obra de estos escritores, publicados en periódicos, revistas u obras tanto en Marruecos como en España, además de trabajos monográficos o tesis doctorales realizados por jóvenes investigadores tanto marroquíes como extranjeros.

A la hora de clasificar esta producción, nos encontramos con dos generaciones, pero sin que esta clasificación esté sujeta forzosamente a factores relativos a la fecha de publicación. En efecto, la obra de algunos de ellos ha sido publicada mucho antes, en las revistas del norte, en el periódico *Marruecos*, que se dio a conocer en 1975 con la Marcha verde o en la página semanal del periódico *L'Opinion* (bajo el título de *La opinión semanal*)... Y otras, en las últimas décadas³.

La primera generación la podemos denominar de «Fundadores»; generación aquí en su acepción más amplia, que no tiene nada que ver con el mismo término utilizado para determinar a un grupo de creadores que unen criterios estéticos o temáticos como las conocidas generaciones españolas del 27 o del 98. Incluye a Abdullatif Al Jatib con *La proscrita*, Mohamed Temsamani con *La guagua o Zuleja o la historia del cabo*, Abdelkader Al Ouariachi con *Una lección bien aprendida*, Mohamed Chakor con *La llave y otros relatos o La llave y otros latidos*.

² *Escritura marroquí en lengua Española*. Coord. Abdelmouneim Bounou. Fez: Universidad Sidi Mohamed Ben Abdellah. Publicaciones de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas Dhar el Mahraz, 1998.

Escritura marroquí en lengua Española II. Creación y comparación (1975-2000). Coord. Aziz Tazi. Fez: Universidad Sidi Mohamed Ben Abdellah. Publicaciones de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas Dhar el Mahraz.

³ A título de ejemplo, señalamos los siguientes periódicos marroquíes: *La Opinión semanal*, del periódico marroquí *L'Opinion*, y los periódicos en castellano *Marruecos* y *La Mañana*.

A esta generación siguió otra que corresponde a los años noventa pero cuya vigencia sigue hasta nuestros días y que podríamos denominar generación de «Forjadores», con el sentido de haberle dado al género mayor receptividad: Mohamed Bouissef Rekkab con *El vidente, Desmesura, Inquebrantables, Los bien nacidos, Intramuros*; Mohamed Sibari con *El Caballo, Regulares de Larache, Judería de Tetuán, Relatos de las Hespérides, La Rosa de Xauen, Sidi Baba, Cuentos de Larache, Relatos del Hammam, Pinchitos y divorcios, El babuchazo*; Ahmed Daoudi con *El diablo de Yudis*; Mohamed Lahchiri con *Pedacitos entrañables y Cuentos ceutíes*; Said Jedidi con *Grito primal, Autodeterminación de invernadero, Precintado*; Mohamed Akalay con *Entre dos mundos...*

El espacio consagrado a este trabajo no nos permite abordar a todos estos creadores. Nuestro afán por dar una visión de conjunto de este tipo de literatura nos conducirá a abordar a creadores que pertenecen a dos generaciones distintas (Mohamed Chakor, Abdul-latif Jatib y Mohammed Tamsamani a la de los fundadores y Said Jedidi, Mohamed Sibari y Abderrahman El Fathi a la de los forjadores) y a dos géneros distintos (el del relato corto, cuento o novela para los creadores en prosa (los cinco primeros) y el de la poesía para el último).

DE LOCO SABIO EN LA GENERACIÓN DE LOS FUNDADORES.

Las peroratas de Sidi Alal Chupira de Mohamed Chakor empieza con una nota muy sugerente sobre la locura, sacada de la obra de Unamuno: «La locura, la verdadera locura, nos está haciendo mucha falta, a ver si nos cura de esta peste del sentido común que nos tiene a cada uno ahogado el propio». En el mismo sentido, el filósofo y pensador francés Pascal define así la relación tan natural que relaciona todo ser humano con la locura en la vida cotidiana: «Les hommes sont si nécessairement fous, que ce serait être fou par un autre tour de folie, de n'être pas fou»⁴. Y en efecto, todos vivimos con nuestras locuras: locos de amor, locos de rabia, locos de contentos estamos cada vez que nos sentimos dominados por un sentimiento que nuestro carácter impulsivo empuja al máximo. Pero si las leyes convencionales que rigen nuestra sociedad suelen tolerar este tipo de locura, existen otras que suscitan en nosotros cierta repulsión, miedo, desprecio, indiferencia o un rechazo del otro. Pero, en un caso como en otro, el loco es ese ser al margen de la sociedad; y la locura es a la vez una rebeldía, una generosidad, una obsesión y un misterio.

Manuel Ruiz Ruiz, en *La imagen de la locura (Actitudes de la población hacia la enfermedad mental)*, define al loco como esta «voz sin sonido», «este suceso sin espacio ni tiempos definidos»; una suma de «“figuras” o “símbolos” que quedan por interpretar». En cuanto a su lenguaje, queda percibido como «un trozo de la vida en la vida misma»; un lenguaje que nos revela «la irracionalidad de lo irracional»⁵.

⁴ Blaise Pascal: *Pensées* in *Œuvres complètes*. Édition établie et annotée par Jacques Chevalier. Paris Bibliothèque de la Pléiade, 1954, 1134.

⁵ Manuel Ruiz Ruiz: *La imagen de la locura (actitudes de la población hacia la enfermedad mental)*, Centro de Estudios Psiquiátricos y Psicológicos (CEPYP), Manuel Girona, 71, 2, 1979, 267-268.

A estas alturas, se deduce de manera muy lógica que la locura no es fruto de la nada y que tiene sus raíces en otra locura más oculta con la cual convivimos diariamente y que aceptamos con cierta complicidad y de manera tácita: la locura de nuestros tiempos modernos (el individualismo, la negación del otro, la opresión, la incomunicación, las angustias permanentes...).

«Para definir la salud mental —subraya Jorge L. Tizón en su obra *La locura (Compañera repudiada)*— hay que tener siempre en cuenta el grado de “insano” de la sociedad»⁶. Al final, nos encontramos con la figura del loco, que no hace más que expresar en voz alta lo que callamos o pensamos en un silencio mortal.

Al inicio de esta reflexión crítica, procuraremos tratar este tema del loco/sabio partiendo de unos relatos muy representativos de la literatura marroquí en lengua española y que corresponden a lo que hemos denominado generación de los fundadores: *Las peroratas de Sidi Alal Chupira* y *La mujer que se escapó de la muerte*, de Mohamed Chakor; *La proscriba*, de Abdul-latif Jatib, y *Zuleija o la historia del loco del cabo*, de Mohammed Tamsamani⁷.

En *Las peroratas de Sidi Alal Chupira* notamos desde el principio que el nombre completo del personaje es muy significativo y revelador. Está compuesto por tres partículas: *Sidi* (título honorífico), *Alal* (nombre propio) y *Chupira* (un remoquete). El aspecto algo especial y específico del personaje queda así puesto de relieve a partir de la identidad que el personaje lleva en el relato y cuyas características son las siguientes: la ausencia de un apellido, que hace de él un vagabundo y un ser desprovisto de una identidad familiar —y, por consiguiente, social—; la utilización del nombre propio pegado siempre al título *Sidi* que se da en las sociedades árabes a personas que descienden de la familia del profeta, a miembros de familias cuyo linaje es distinguido y muy selecto, a gente adinerada o a personas que inspiran mucho respeto (por su sabiduría, por su edad...) (*vid.* pp. 44-46); la utilización de términos como «loco», «santo disfrazado», *Meydub*, «charlatán inofensivo» o del remoquete *chupira*, que implican casi todos la identidad de un ser que sale de lo normal, con características algo ambiguas que oscilan entre la santidad y la «locura». El aspecto exterior del personaje pone todavía más de relieve esta naturaleza pintoresca, exuberante y fuera de lo común: un caftán verde «símbolo de santidad» —dice el narrador—, «un chamir albura enrollado alrededor de un gorro rojo», «una babucha amarilla», «un estuche plateado de rapé» en las manos. Además, el personaje «se pintaba los ojos con cohol» y «se teñía la barba con la asfa». Este aspecto coloreado (el blanco, el rojo, el amarillo, el negro...) y los casi cuarenta años de edad que tiene el personaje le dan —según el narrador— el aspecto de un profeta y hacen de él un ser muy atractivo y muy llamativo: «Todo lo dicho —señala el narrador refiriéndose a este aspecto exterior del personaje— le daba un aire distinguido y respetable». La impresión final que deja para unos como para otros es la de «un loco de

⁶ Jorge Tizón: *La locura (compañera repudiada)* Barcelona, 1978, 79.

⁷ Mohamed Chakor & Jacinto López Gorgé: *Antología de relatos marroquíes* (prólogo de Antonio Gala); Ibermagrib; Ediciones Antonio Ubago, 1ª ed.; 1985; Granada; España (1260.) y *La llave y otros relatos*; Ed. Cálamo; 1ª ed.; marzo de 1992; Madrid. (Las referencias corresponden a estas mismas ediciones).

atar», de «un santo disfrazado» o de «un extraño personaje quien debido a sus incongruencias atrajo la atención de todos».

En el origen de estas incongruencias, se habla en el relato de las brujerías de una adúltera y de una historia de un amor no correspondido. Pero también —y sobre todo— de la tragedia de Palestina donde —según Sidi Alal Chupira— «prostítuyen nuestros sacrosantos valores». Era —dirá el narrador— una época de crisis que dio lugar a una «infinitud de agoreros, casandras y meyedubes vaticinando los más aciagos eventos». Así, pasamos del «mozo apuesto, inteligente, trabajador y piadoso» que era antes a un personaje «carnavalesco» y «misterioso» que desarrolla un discurso muy particular en el presente de la narración.

En otro relato del mismo autor, *La mujer que se escapó de la muerte*, reaparece este tipo de personajes encarnado por Hayat (o vida), una mujer cuya existencia parte de una suma de espacios y tiempos inimaginables que hacen de ella un personaje mítico:

«Hayat —dice el narrador— vivió muchísimos años, durante un período inimaginable, libre de la servidumbre del tiempo y del espacio. En ese fantástico oasis sideral, donde reina una eterna primavera, no se conocen vejez ni muerte, ni miseria ni opulencia, ni infelicidad ni desamor».

El espacio mítico en cuestión es «Biolandia», un lugar que rompe con la linealidad temporal (considerada como espejismo) y que está situado en «los confines del cielo y de la tierra, no muy lejos de la encrucijada de la luz y de las tinieblas».

De los pocos aspectos que sobresalen de su retrato, Hayat aparece como una «mujer inteligente, culta y guapa» con una «voz dulce», un «tono persuasivo», y un «estilo poético y sentencioso». El personaje aparece vestido con una «túnica verde» y «un velo de gasa blanco» que le cubre el rostro. Esta descripción trae al recuerdo el aspecto profético y la santidad de Sidi Alal Chupira.

Boicoteada por los medios de comunicación por el discurso poco ortodoxo que protagoniza y por ser una «peligrosa agitadora profesional», será considerada como «medio-bruja o semidiosa». Pero, su infinita sabiduría, su habilidad y su clarividencia la colocan —como lo afirma el narrador— «por encima de las mentes más privilegiadas de nuestra especie».

A la misma categoría de personajes pertenece Rahma en el relato de Abdul-latif Jattib titulado *La proscrita*. El nombre del personaje —afirma el narrador— «suena como el sofocado grito desesperado que implora clemencia al Sumo Hacedor», y su belleza juvenil contrasta en el presente de la narración con su vejez, su estado inválido y su condición de ser que vive de la caridad de los «viandantes y romeros». El propio título del relato hace hincapié en su marginalidad y exclusión de la sociedad. Su mayor pecado no era más que su extrema belleza, que le costó el odio de los hombres y la envidia de las mujeres que le atribuían un maléfico influjo: «Así —dirá el narrador— fue forjándose el odio en torno suyo, odio que paulatinamente ha ido cediendo para convertirse en una indiferencia completa».

El loco del Cabo es otro loco/marginado que aparece en el relato de Mohammed Temsamani titulado *Zuleija o la historia del loco del cabo*. Se trata de un misterioso perso-

naje que vive con el trauma de una boda organizada que terminó de manera trágica. «Una noche, la degollé» afirma el personaje refiriéndose a su novia. Desde entonces, y sin que las razones sean explicitadas en el relato, creció el odio en su corazón para con las mujeres y tomaron más relieve sus pesadillas: «Desde entonces todas las mujeres me repugnaban y procuraba huir de ellas. Me parecía horrible compartir mi lecho, mi aliento y mi sudor con una mujer todas las noches, durante meses y años».

La mayoría de estos personajes, cuando no se les condena al silencio, protagonizan un discurso no siempre muy grato que acentúa más su marginalidad y su exclusión. Su mayor pecado: expresar en voz alta lo que la sociedad piensa y rumia en un horrible silencio: «Lo que él pregonaba —afirma el narrador refiriéndose a Sidi Alal Chupira— todo el mundo lo pensaba y su discurso torrencial era en cierto aspecto una liberación colectiva».

Entre un lenguaje satírico que molesta a veces a la sociedad y una sarta de blasfemias y obscenidades, estos personajes —sobre todo en los relatos de Mohamed Chakor— se transforman en la conciencia del pueblo como portadores de esperanza y destructores de ilusiones. Sidi Alal Chupira se define como «un despiadado destructor de ilusiones», como demente «libre de las ataduras de la razón y del dogma». Se nos presenta también como «el último arquero que todavía ve el blanco a pesar de la densa oscuridad»; y dentro de la misma perspectiva se nos presenta Hayat en *La mujer que se escapó de la muerte*, del mismo autor, como personaje que quiere «reilusionar a esta Humanidad triste, pesimista, escéptica y empobrecida espiritualmente».

De ahí la naturaleza del discurso que protagonizan estos personajes: una amplia gama de temas que van de lo ético moral a lo político; una suma de propósitos muy espontáneos y sin un determinado hilo conductor. De la situación política del país, dicen —respectivamente— Sidi Alal Chupira y Hayat:

Somos un pueblo dormido en pleno siglo XX. Nuestros dirigentes disimulan sus ineptitudes e impotencias con discursos pomposos y grandilocuentes. ! Se eclipsaron las lunas llenas y se oxidaron las espadas de luz! ¡Despertaos!

¡Despertaos! ¿No os dais cuenta de que las armas del enemigo son el dominio del saber [...] Acaso no veis cómo injurian a nuestros profetas y a nuestros ángeles y nos subastan como rebaños de corderos?

No debéis admitir la cobardía moral del silencio. Vuestros corruptos gobernantes y politiqueros de salón están embriagados por la erótica del poder absoluto. Son mercaderes, sin conciencia, que mercadean con vuestras vidas, valores y destino como baratijas en un zoco.

La filosofía de la vida que se destaca de los discursos de estos personajes va entonces desde la amarga constatación de que la vida es «un océano de cadáveres» y una suma de tiempos existenciales en que la alegría aparece como un relámpago y el dolor una eternidad, a una esperanza fundada esencialmente en el amor y la fe:

«La vida —subraya Sidi Alal Chupira— es un océano de cadáveres y ojalá morir sea volver a nacer».

«El placer —prosigue el mismo personaje— es tan solo un relámpago mientras que el dolor es una eternidad».

En cuanto a Hayat en *La mujer que se escapó de la muerte*, afirma en un tono patético y lleno de esperanza:

Tenemos que forjar una sociedad basada en la fuerza del amor y de la fe.
Debemos vivir la vida sin automutilación. Ninguna filosofía tiene derecho a preconizar la anti vida. Es antitético. Tenemos que crear una civilización destructora de la muerte pero no de la vida.

De esta «locura» de discursos permanece finalmente una suma de palabras favorecidas por el impulso del alma y caracterizadas por la profundidad de la visión y por la perspicacia y sagacidad de los propósitos; son casi refranes o palabras proféticas:

Se eclipsaron las lunas llenas y se oxidaron las espaldas de luz.
Cuando el dinero asesina, sus adoradores callan.
Se marchitaron los turgentes pechos de mis amores.

CRÓNICA DE LAS «FERIAS» ELECTIVAS MARROQUÍES

La obra *El Babuchazo*⁸ de Mohamed Sibari ha sido publicada en Larache por la Asociación de Escritores Marroquíes en Lengua Española (A.E.M.L.E), en estrecha colaboración con la Agencia Española de Cooperación Internacional. Consta de siete cuentos: *Bujnuna*, *Inseguridad social*, *Averrollo*, *El armador y el tendero*, *Inmunidad parlamentaria*, *Boloto y el Ustad y Diputado y terrorista*.

El primer contacto con esta antología de relatos nos da una idea de su contenido. En efecto, tanto la portada como los títulos elegidos para ciertos relatos nos dan la unidad en torno a la cual gira su temática, que sigue constituyendo para el Marruecos de hoy, el denominado país de la transición, una seria preocupación, una dolorosa espina, una asignatura todavía pendiente y un anhelo tan esperado: el proceso electoral.

La portada, ilustrada por Benabud, pone de relieve una urna transparente, cerrada por un candado de los antiguos, y que recibe uno de los más originales votos: un babuchazo; lo que es más que sugerente. En cuanto a los títulos, remiten directamente al mundo de las elecciones como es el caso de *Inmunidad parlamentaria*, *Diputado y terrorista*... Así, la totalidad de las historias narradas nos invitan a recordar o a vivir de nuevo, a través de la ficción esta vez, los burlescos ambientes en que se desarrollaron algunas de nuestras elecciones.

Encabeza esta obra un prólogo de Sergio Barce, este larachense de alma y corazón, que califica de entrada a Mohamed Sibari de «narrador oficial de Larache», y a su obra de discurso a través del cual uno recupera «el estilo del cuentista que se entrega a los oyentes inesperados, al público que se detiene en medio del zoco para escuchar sus fábulas» y cuya maestría lo puede llevar a «inventar mil historias que disfrazan anécdotas reales conocidas

⁸ Mohamed Sibari: *El babuchazo*. Publicación de la Asociación de Escritores Marroquíes en Lengua Española (A.E.M.L.E), en estrecha colaboración con la Agencia Española de Cooperación Internacional. Larache, 2005. Las referencias corresponden a esta misma edición.

por todos». Este «viejo zorro», siempre según las palabras del entrañable amigo Barce, con su compromiso más ético que político, ataca esta vez una de las lacras de nuestra sociedad: la corrupción en el campo político, más en concreto, en lo que podemos denominar las «ferias electivas».

Nuestro propósito aquí, es presentar la suma de personajes e historias de que consta esta obra, como testimonio de un creador que contempla y sufre, aunque de manera apática, por la obvia impotencia que supone su situación.

El Kasri, en el primer relato, se impone partiendo de su carácter de hombre potente y sin escrúpulos. Me encantan, dice de entrada el personaje, «las cárceles llenas de jóvenes cultos que creen saber más que yo». Contrata al Maalem Bujnuna de Larache, un artista en capas y chilabas; hombre miedoso y sin personalidad que se convertirá con el tiempo en gobernador de la provincia, diputado en la Cámara de Comercio y Artesanía y Presidente de la misma. En tales circunstancias, se abrirá para él el universo del «guisqui» (el lector atento sabrá lo que significa esta palabra), de los coches de lujo y de los fines de semana en la Costa del Sol. Termina, sin embargo, cornudo y abandonado en un hospital psiquiátrico.

En el segundo relato, se nos enseña cómo Karam, propietario de una pastelería, se lanza, con el afán de ganar más parcelas de terreno en las elecciones con un programa de los más originales: platos de cuscús «expedidos en las Mezquitas», «mortajas» para difuntos desprovistos de medios... Termina, sin embargo, perdiendo su pastelería y destruyendo la vida amorosa y conyugal de su hijo.

El tercer relato está protagonizado por Abdeslem, un chico muy raro que se pasaba el día «escuchando a los juglares y a los trovadores». Era un gran lector de Maimónides, Averroes, y de todo lo que era mística y sufismo. De allí su apodo «Averrollo».

Desde las tierras de la inmigración (Barcelona), y sintiéndose ya un hombre cumplido (demasiado creído más bien), decide, «como filósofo de poca monta», volver a Larache para «pastar» lo que en su subconsciente era un rebaño (la gente de su pueblo). Entonces, lo primero que hizo era casarse con una chica de la ciudad que, de «bella y fragante rosa del barrio», se marchitó a causa del mal trato que le infligió. Conseguirá, sin embargo, librarse de él cuando, en plena campaña electoral, aparezca en su presencia con «un ceñido pantalón corto», y ombligo y brazos al descubierto...

El cuarto relato narra la historia de un armador que se forró de dinero en un período histórico del país en que todo era posible. Empujado por sus hijos, decidió presentarse a las elecciones para garantizar los negocios de la familia. Fue cuando empezaron las invitaciones a paellas y mariscos, y los céspedes regados con cerveza Heineken, además de una gratificación con billetes de 200 dirhams. Y, cosa algo rara en este paisaje narrativo de Sibari, salió ganando esta vez el humilde tendero. En cuanto al armador, metido en negocios sucios, terminó en la cárcel, lo que demuestra que cierta fe de justicia en este país sigue latente en el corazón de este narrador larachense.

En el quinto relato, «inmunidad parlamentaria», Chiva (la personalidad del personaje ya está más que encarnada en su apodo), pasará de un miserable que vive de propinas a «un respetable» político, dueño de fincas, camiones, pisos, un barco de pesca... Y, como es

el caso en parecidas circunstancias, se pasa a unas segundas nupcias (especie de «renovación de la cama», como se suele decir aquí). Será el principio del final. Sumergido ya el respetable parlamentario en ginebra y otras cosas más, la joven y guapa esposa, una vez ya terminado el mandato que le daba la inmunidad parlamentaria y sintiendo que era un ciclo acabado, lo despojará de todo sus bienes y lo mandará a la cárcel.

El sexto relato (*Balato y el Ustad*), es la historia de un maestro pícaro que se interesaba más por lo que hacían los padres de sus alumnos que de los mismos, sobre todo cuando los padres son carniceros, pescadores... La rebeldía del padre de Balato, que era pescador, mantendrá al hijo fuera de la escuela y lo convertirá en «Tarrah del Ferrán» (especie de aprendiz en una panadería tradicional marroquí). Segundo caso raro también en esta serie de cuentos, este último sale ganando en las elecciones dejando al *Ustad*, en una incurable depresión... ¿Metafísica de la esperanza y de la justicia por parte de Sibari? Lo más seguro es que sea un deseo sepultado que, con el paso de los años, y por utópico que haya sido, permanece vivo, por lo menos en la pluma del autor.

El último relato (*Diputado y terrorista*) pone de relieve un romance entre Hachimi, un montañés y Paquita, hija de un capataz español envuelto entre numerosas «cotorras españolas» y «chismosas marroquíes».

Luis, uno de los tres hijos de esta pareja (ya casada) y que es ya diputado por Alicante, encuentra una bomba (granada de mano) durante su visita a su tierra de nacimiento y será detenido por terrorista.

Así, Sibari termina con humor esta antología de relatos, hasta tal punto que a uno todo se le escapa o se le confunde: la maldad que «se pasea» por el jardín de las Hespérides y la honradez que se condena al silencio. Entonces, el «maestro narrador de Larache», tal como lo califica Sergio Barce, en una mezcla de candidez, espontaneidad e ingenuidad, lanza su voz desde su ciudad encantadora (cuyo eco no llega todavía hasta la capital) para decir «basta»: basta con la utilización de la gente humilde, basta con estos personajillos ambiciosos que se aferran al poder y a los sillones y que, con sus insensatas y egoístas actitudes, no hacen más que sangrar el país e impedirle que sea considerado y respetado.

DEL AMOR QUE NO SE PUEDE LAPIDAR NI CRUCIFICAR

Grito primal⁹ es una de las novelas publicadas por el periodista Said Jedidi, concretamente en 2001, a cargo de la Asociación Tetuán Asmir. La trama es bastante sencilla: una historia de amor un poco particular, entre Marta, una monja española, y un docto musulmán marroquí (Hach Ahmed Ben Ali); personajes «distintos y distantes», pero que se amaron, sin cambiar su forma de ser y sus creencias, y sin mayor necesidad de tener que justificarse.

Hach Ahmed Ben Alí, afirma el narrador, queda determinado por «la vivacidad de sus reflexiones, su tinte luminoso y su sed de conocer, saber, aprender y descubrir».

⁹ Said Jedidi: *Grito primal*. Tetuán: Publicación de la Asociación Tetuán Asmir, 2001. (Las referencias corresponden a esta misma edición).

Como telón de fondo de esta historia de amor, hay toda una filosofía de las relaciones hispano marroquíes o norte sur que resume claramente, y de entrada, el propio autor en su introducción: un estrecho hoy en día concebido como un «simple arroyo que atraviesan con suma facilidad hombres, bienes e incluso pateras»; una frontera entre un norte cuyas riquezas tanto morales como materiales no le bastaron y terminó inventando la globalización y un sur que «perdió el sentido de la realidad» y que se vio obligado a «tragarse» todo lo que se le propone; la necesidad de encontrar, frente a una geografía que no puede cambiar «una plataforma/.../ para creer» y establecer y aplicar «los ideales euro-mediterráneos»; en fin, amarse, acercarse sin mayor necesidad de ceder, de cambiar de religión, o de convertir al otro o dar la espalda a sus propios parámetros culturales. El objetivo: conocer al otro y comprenderle con el fin de desembocar en un clima de confianza, concordia, coexistencia pacífica y civilizada.

En la misma línea se inscribe el prólogo a esta obra, a cargo del Dr. M'hammed Benaboud, del Comité Cultural de la Asociación Tetuán Asmir. En él afirma, entre otras cosas, que en esta obra, «lo local y lo específico adquieren una dimensión universal» y que se puede considerar a la vez como un discurso literario, «una protesta contra la globalización» y una invitación a «la revalorización de la cultura nacional» contra todo peligro de «erosión».

A nivel temporal, se entrecruzan en el relato varios tiempos: el tiempo de la narración, situado en septiembre de 1956 —correspondiente a chaaban de 1375— en Río Martín, que daba con el fin de la colonización española «la imagen de una amante recién y cruelmente abandonada»; un período de confusión e incertidumbre, dirá el narrador; el tiempo del narrador, que es el Marruecos (o más bien el Tetuán) de finales del siglo pasado, ya que la obra fue publicada en 2001; en fin, el tiempo psicológico, que es una suma de sentimientos y emociones vividos y experimentados por los personajes como si hubiesen penetrado en un túnel de tiempos.

Hach Ahmed Ben Alí, a sus 57 años, queda presentado por el narrador como este amante «sin convicciones políticas ni frases para epitafios» y cuya niñez «seguía durmiendo [...] en su Martín». El personaje se creía y era firmemente musulmán, aunque «era consciente de la mortal amenaza que constituía el irreversible avance de las manillas». Era «simple y enigmático». Su amor por Marta lo situaba en la delicada situación de un cruel silencio y de la tortura de un futuro incierto. Tenía miedo de ser condenado por haber amado a una monja, pero le quedaba sin embargo el consuelo de una esperanza de un Dios «generoso, clemente y misericordioso». «Dios mío —dirá el personaje, prisionero de un inevitable sentimiento de culpabilidad y de su debilidad frente a este amor— Sé que persisto en el error. Sé que debo olvidarla pero nunca podré sin Tu ayuda». Más que un simple amor, para él, Marta era una fuente de saber, de inspiración; el faro que le aclaraba las cosas oscuras o enigmáticas que no llegaba, con su «ingenuidad» a entender, como, por ejemplo, «la indispensable y civilizada necesidad de llevar a cabo una descolonización reflexionada» o la necesidad, recién obtenida la independencia, de acariciar el sueño de no pasar por lo que Marta calificaba de «período de rodaje». Es que Marta era diferente, por ser culta, por los tantos viajes que había realizado y que la habían enriquecido y por la gran civilización de que proviene y de que es depositaria:

«Saciaba su sed —dirá el narrador—, aprendía tanto. Comenzaba a preguntarse ahora por la calidad humana de aquello que de pequeño le habían marcado para siempre, no por su genio o por su clarividencia sino por su enigma y su mitología».

Así, de este amor, Hach Ahmed Ben Ali saldrá fortalecido. Este nuevo y extraño sentimiento, afirma el narrador «le enseñó una nueva cultura de... tolerancia, las virtudes de la indulgencia, las cualidades del perdón». Pero, sobre todo, aprendió que los sentimientos humanos no tienen límites y que el amor por la humanidad no conoce fronteras ni tiene condiciones:

«En sus conversaciones con Marta —dirá el narrador— aprendió que nada, absolutamente nada, ni la patria ni la religión ni la moral establecida, ni siquiera los ideales pueden ni deben servir de pretexto para robar vidas humanas».

En un plano estrictamente religioso, este inusitado encuentro no hace más que potenciar su fe musulmana, y hacerle conocer mejor su propia religión: «¡Mira! —afirma el protagonista dirigiéndose a Marta— Nunca he sido mejor musulmán que desde aquella tarde. Tú precisamente una monja, me recordaste cabal y elocuentemente la grandeza de mi religión»; sobre todo, y como lo afirma Marta otra vez, la religión es ante todo amor. De ahí el título de la obra (*Grito primal*), casi un grito de renacimiento que se opera en el personaje en el mejor sentido de la palabra.

De Marta, se dice casi poco, si no son los discursos que protagonizó, recordados por el uno o por el otro y que constituyen el núcleo del relato. Sabemos que ha sido monja y que dejó de serlo al dejar a Marruecos. De esta misión católica en Marruecos y otros países africanos, dirá Hach Ahmed Ben Alí, bromeando, que se trata de una «pedofilia religiosa», afirmación más cariñosa que irrespetuosa, porque lo más importante es ese inmenso amor que comparten y que es «sin fronteras» ni «credo».

Terminamos, como forma de epílogo, con esas palabras que cierran la obra de Saïd Jedidi a cargo de un personaje comparsa de fuerte acento tetuaní:

Me convenciste, señora. Aunque no es verdad, contigo no hubo ni habrá dolor. Y ahora que acerté a cambiar el fusil por una flor, sé que lo digas tú o no, el amor no tiene color ni religión [...] Te reprocharé tu espejismo y permitiré que se me insulte por haber creído que después de la tormenta siempre viene la calma.

¡Ni calma ni alma! Sólo una gran dama, como tú, señora, mi señora, que me enseñaste que la primavera nunca llora y que el invierno no se enfada. Tú, amor de los amores y espiga en los ojos de un pobre enamorado...

¿Cuál es la voz que se esconde detrás de estas palabras? ¿Es el comparsa tetuaní? ¿Es Hach Ahmed Ben Ali? ¿Es el narrador? O tal vez ¿es el autor? Y ¿quién es esta señora? ¿Es Marta o nuestra vecina inmediata España?

Qué más da si todas las respuestas son posibles: «Todo en España y en Marruecos es común, decía Marta. Por más que os deis la espalda al futuro [...] un día os veréis condenados a convivir».

Es, al fin y al cabo, la historia de un amor correspondido inocente y lleno de sugerencias que —como lo afirma el narrador— ni se puede lapidar ni se puede crucificar (p. 18).

LAS DOS ORILLAS DE ABDERRAHMAN EL FATHI

*Desde la otra orilla*¹⁰, del poeta Abderrahman El Fathi es un título más que sugerente. Nos sitúa desde el principio en una de las dos orillas que son geográficamente hablando espacios muy significativos entre España y Marruecos: una proximidad que facilita el sueño y que nutre el imaginario colectivo.

Se habla del título como la llave necesaria para penetrar el mundo de la escritura (prosa sea o poesía): una especie de código con que se abre la escritura y que materializa, en muy pocas palabras, el sentido oculto de toda una obra. En el caso de *Desde la otra orilla*, el título nos sitúa desde el principio en un espacio dual. El punto de arranque es una orilla, contenida y llevada en el mismo título de la obra, siendo la otra presente en lo implícito y sugerida a través del lenguaje. La primera orilla, desde donde se materializa y nace el soplo poético (Marruecos) está definida en la portada por objetos, colores, letra árabe... En cuanto a la segunda (España), está sugerida por el propio idioma utilizado, el castellano. Los dos espacios quedan finalmente presentes a través de una sola palabra, *orilla*, que remite a los dos espacios del Mediterráneo. Y en esto suscribimos completamente lo que viene contenido en el título que ha dado José Ramón Ripoll, a su introducción/prólogo a esta obra: *Desde su otra orilla*, lo que en sí supone que el poeta no puede ser definido más que en relación con las dos orillas que constituyen en cierta medida sus señas de identidad. Eso no es más que la materialización de la experiencia vital del creador: un hispanista marroquí oriundo de la ciudad de Tetuán, cuya carga histórica en lo que atañe a la relación hispano-marroquí ya no está por demostrar.

El poeta Abderrahman El Fathi, tanto por su ubicación geográfica como por su orientación profesional (hispanista investigador), es ya, como dijo el poeta granadino García Lorca, «esposo legítimo» de un mar que lo lleva constantemente de una ribera a otra. Y por este mismo motivo sus poemas no pueden ser más que una encarnación de este vaivén de unos parámetros culturales a otros, de un espacio a otro, de un amigo a otro... finalmente, de un mundo a otro.

Desde la otra orilla es una de las publicaciones poéticas de Abderrahman El Fathi. Consta de cinco subdivisiones que nos trasladan de un espacio poético a otro:

Triana, imágenes y palabras (1998) que nos ubica en el nostálgico Al Ándalus (actualizado en cierta forma), con sus hombres (Abderrahman III, Lorca, Camarón...), pero sobre todo, y metafóricamente, con un espacio que llora la propia ciudad de Tetuán:

¹⁰ Abderrahman El Fathi: *Desde la otra orilla*. Cádiz: Quorum editores 2004. (Las referencias corresponden a esta misma edición).

Tetuán llora tu huida, / empuña su flor y ¡Grita! / Se arrepiente de fluida / amargura.
¡Córdoba! / ¡Espera, detente! / Cada vez más cerca, / me sofocan tus suspiros / y me asustan
tus cuchillos. (p. 25).

Abordaje (2000), que nos sitúa en el Estrecho, paso obligado para «atracar» en la otra orilla; un Estrecho en cuyas profundidades hay vida, pero que es también devorador de vidas y de esperanzas; un verdadero y auténtico cementerio marítimo:

Aparecen los tiburones se llevaron el anillo / Espera una madre / la Guardia Civil / se lo ha traído. / Las novias lloran / en un puerto sin barcos, sin gaviotas / con pateras / con MUERTE. / Y una madre espera a su hijo / pero una ola se enamoró del moreno / y a las profundidades lo / arrastró.

África en versos mojados (2002), que no es más que una suma de gritos rebeldes en contra de un espacio donde «brilla la falta de dignidad» y donde la verdadera deshonra es «permanecer en tierra». El poeta se refiere aquí a la otra orilla donde le ha tocado vivir:

La tormenta africana azota / se derrite de soles dorados / hambrientos de todo norte / ajenos a las cuentas / llamadas. Ajenos; / a las verdes colinas / asomaban sus esperanzas / a la ribera del sueño.

Por fin, *El cielo herido* (2003) y *Primavera en Ramallah y Bagdad* (2003), que recogen, no sin cierto dolor y emoción por parte del creador, toda la tragedia de Medio Oriente; una tragedia que se contempla y se vive en la resignación más absoluta. Es el caso de cierta primavera dolorosa en Bagdad: «Qué distante es mi dolor / en tus fronteras. / El rumbo de tu historia / late en tus cafés, en tus calles, / en cada sorbo de aire quebrado /.../ Y mi rabia hundida /en café amargo de Bagdad», o la del palestino, como eterno exiliado/refugiado que no ha logrado todavía el cobijo donde pueda liberar en paz su aliento: «Y ahora en Tierra / refugiado en el exilio / también refugiado / en la calle exiliado / de nuevo refugiado, / desplazado en tierra. / Humillado, triste y siempre /refugiado en tierra sagrada».

En la obra, y desde las primeras páginas, es decir desde los primeros esbozos poéticos que definen de entrada la antología, la sombra de Federico García Lorca se asoma en la «oscura ciudad de Tetuán», dejando la voz del poeta tetuaní «arrinconada» y él, «olvidado» en una sombra, sin luz, sin oda, pero con un cobijo donde «fluyen las alegrías de un día cualquiera».

Así, y como mendigo desamparado, el poeta busca la sombra del paraíso perdido de Abderrahman III, que, con el erótico sueño, le hirió en lo único que le quedaba: un corazón floreciente, convertido en versos, ahogado en «las profundas aguas del estrecho».

Así son los poemas de esta voz tetuaní, tiernos y poéticos, en que todos los géneros «se estremecen en sus entrañas», y en que surge «el primer DOLOR». Como única y sólida compañera de estos suspiros, queda la mar, «sólo la MAR», tan inmensa y único «náufrago de la eternidad».

Así, como un desarraigado, fruto y víctima de las olas traicioneras de un mar del Sur, que, cada vez más, va creciendo, el «yo» poético sigue buscando lo que llena con resignación, cobardía e impotencia nuestras columnas periodísticas: «una amarga travesía» que termina con novios y novias sin anillo; un anillo perdido para siempre en las profundidades del mar.

Y como siempre ocurre en la vida, una resignación trae y llama a otra. La de Bagdad y Ramallah esta vez que empujan al poeta a denunciar su silencio, maldecir y llorar su existencia, quemar su ropa y su identidad árabe... Pero, más que un grito, es un susurro que emana de las entrañas de un ser sensible que se siente como prisionero de sueños, corazones y cuerpos, y de diablos que, con sus majestuosas alas, sollozan en su Estrecho.

El poeta se conforma entonces con el silencio que le ofrecen su «libertad», sus sirenas, sus olas, su ausencia. Pero a veces, despierto de sus intimidaciones y subjetividades, sufre la primavera del distante espacio y la «presencia silenciosa de destrucción». Y entre el hablar y el denunciar, se consume otra vez entre «ausencia» y «silencio».

¿Qué más da? —dirá finalmente el poeta— si como ellos, se siente «sin dioses ni profetas», encerrado en su habitación, sin refugio y con la noche por compañera; y ¿qué más da? si se siente perdido en sus aires y en sus «vuelos desconocidos». En fin, poco importa si la evidencia se hace sueño bajo el histórico Tánger que lo espía por todos sus bulevares y si el propio poeta ingresa en la confusión hasta llegar al extremo de no saber si esta hablando del cielo herido o de una frialdad que no ahoga, Mientras «Todos te cantan / y yo te lloro».

Así, con sus pocos años, el poeta se siente envejecido, como para encarcelar sus suspiros y ser preso de las «brumas del placer», interpellando su alma para llevarla a Ramallah y vivir «la ilusión / de una gaviota / en un garaje cualquiera» y así morir de nuevo en el aire «Poco importa —dirá el poeta— si las palabras se rebelan / los ríos se secan / y los mares lloran tristezas»; y poco importa si el sueño del poeta ha de ser libre, pero atado a sus lágrimas: «Dulce sensación de fracaso / obtuso y obstinado» que «renace siempre con un primer / beso nunca recibido / Saliva de amor rechazado». Poco importa finalmente si el poeta no alcanza nombrar las cosas, para volver otra vez a la soledad lorquiana, sin alcanzar siempre la esencia de las cosas («No te llamo por tu nombre», «no alcanzo tu dolor»...) por ser todo cobijado en su entrañable Estrecho y en sus míticas orillas, paso obligatorio de todos sus alientos y soplos poéticos: «Luces se acercan / siempre tras un horizonte / azul / brillan las miradas / en los ojos / abiertos de Tánger, y llegar / inquietas / al corazón del mar / en el lunar de tu Estrecho».

A estas alturas del análisis, afirmamos que si estas creaciones literarias están escritas en español, sus temas recogen problemas o asuntos puramente marroquíes muy pegados a lo que ha vivido y sigue viviendo la sociedad marroquí actualmente con sus ventajas e inconvenientes. Señalamos; a título de ejemplo: la identidad cultural en su acepción más amplia, el fenómeno de la inmigración (legal o clandestina), las parejas mixtas, el proceso democrático y político en el país, la relación entre las dos riberas... además de la problemática árabe (Palestina, por ejemplo).

Subrayamos, sin embargo, que, más allá de la técnica de la escritura, que no es en sí un factor o criterio de análisis por el momento por estar esta producción en sus primeras fases experimentales (la búsqueda de sí mismo y la búsqueda de un lenguaje capaz de acoger a la vez el castellano académico y vehicular la idiosincrasia de un pueblo con profundas raíces histórico culturales), lo que es de subrayar aquí son los siguientes factores —sumamente importantes a la hora de emitir juicios críticos—: la voluntad de estos escri-

Abdellatif Limami

tores de hacer de este idioma casi su lengua materna y, por lo tanto, su lengua de creación, cuando crecieron con otra; el tipo de temas abordados, y que dan tanto al marroquí como al otro las particularidades de nuestra sociedad, tan necesarias para el establecimiento de puentes de comunicación; en fin, el ser —creo— los únicos en el mundo árabe que publican relatos y/o novelas en lengua española. Por todo ello, esta escritura interesa hoy a ciertos intelectuales españoles que empiezan ya a publicarla, a organizar congresos o mesas redondas sobre su temática o a proponer y dirigir trabajos monográficos sobre ella.

Como conclusión de esta presentación general, nos gustaría terminar con los merecidos aplausos a este tipo de escritura que, aun siendo desigual de un autor a otro o de una publicación a otra, es sin lugar a dudas una prueba que la lengua es y tiene que ser un vehículo de comunicación y de transmisión de experiencias y vivencias. En sí, es hoy una forma, entre otras, de entregar un «pedacito entrañable» de lo que se ha vivido y sufrido.